

PLEITO RESUELTO

ALGIS BUDRYS

Frank Hertzog, de la Asociación de Viajes Internacionales, se rascó la parte posterior de una oreja desproporcionadamente grande, enarcando una de sus pobladas cejas. Se hallaba sentado perpendicularmente a su mesa de despacho, con los pies apoyados sobre uno de los abiertos cajones. Un visitante se había acomodado con rigidez en una silla frente a la mesa. Hertzog podía observar a la vez a su visitante y al mar que se extendía en el lejano horizonte.

Hertzog mordisqueó espasmódicamente su labio superior.

—Vamos a aclarar esto —dijo al estirado hombrecillo de la otra silla—. Desea el dinero por adelantado, ¿no es cierto?

—Y no más tarde de la medianoche del catorce de julio —añadió su interlocutor—. Es muy importante que el dinero llegue a nuestra oficina de Basilea dentro de ese plazo.

Estaba sentado con las piernas y rodillas juntas, la espalda erecta y las manos unidas en su regazo. Vestía traje oscuro, camisa blanca y corbata negra. Su cara era pálida y huesuda, el cabello entre gris y negro, rapado a los lados y en cepillo en la parte superior de la cabeza. Inmóviles gotas de sudor perlaban su frente.

—Tan pronto como el dinero esté en su oficina, deberá embarcar nuestro pedido en el primer tren subterráneo que salga.

—Correcto —asintió el hombrecillo, que era viajante de una casa de licores—. Debo recordarle que hoy es el primero de julio.

—Todo esto me parece una forma extraña de hacer negocios, así tan de repente. Hemos sido buenos clientes de su firma durante muchos años. Ningún buque de recreo de la AVI sirve otro licor que los suyos —dijo Frank Hertzog en son de queja.

—Naturalmente —aseguró el pequeño viajante. Nuestras marcas son las mejores del mundo.

—¿Entonces es ese el crédito que AVI les merece? No lo comprendo, señor Keller. De veras que no. Nuestras cuentas son saldadas mensualmente. Parece que casi no desean hacer negocios con nosotros. Le diré que existen otros comerciantes de venta al por mayor, por si no lo sabe.

Keller comenzó a ponerse nervioso.

—Por favor, señor Hertzog, ninguno de nuestros competidores es capaz de ofrecer un servicio igual al nuestro.

—Querrá decir que hasta ahora no lo han intentado. Pero me obliga a preguntarme si no sería mejor tener un servicio menos eficiente pero más cordial.

—Señor Hertzog, yo... —el minúsculo viajante se inclinó de repente hacia adelante—. Podría perder mi empleo si le hablo con franqueza. ¿Me comprende?

Hertzog se reclinó en su asiento y, mirando fijamente a Keller, dijo:

—Créame, no sé si le comprendo o no, señor Keller. Su empresa y la mía han estado realizando negocios en común desde hace tiempo. Cuando un agente ha estado llevando los mismos pedidos durante años, se establece paulatinamente un acuerdo tácito de crédito entre el vendedor y el cliente. Este es un hecho tan viejo como lo es el comercio mismo. Me siento sorprendido ante su repugnancia en someterse a la ética comercial, realmente sorprendido, señor Keller. Me gustaría que manifestase con claridad lo que piensa. Ni que decir tiene que sus palabras no saldrán de esta habitación.

A Keller comenzaron a temblarle los labios.

—Señor Hertzog, me coloca en una posición muy difícil. Reconozco que tiene razón e incluso...

—Ya que tengo la razón, señor Keller, desearía conocerla. ¿Qué es lo que sucede?

El hombrecillo suspiró.

—Está bien, señor Hertzog —su voz se hizo más baja y se inclinó hacia adelante, escudriñando la habitación antes de continuar—. ¿Sabe que se ha producido un cambio en la administración de mi compañía? Y los nuevos consejeros se inclinan más favorablemente por Ciudad del Cabo que por Atlantis.

—Eso es ridículo —le interrumpió Hertzog—. Atlantis es lógicamente el puerto con mejores rutas para Europa. Es cierto que el acarreo de mercancías hasta nuestra terminal de ferrocarril subterráneo y el transporte a través del túnel bajo el golfo de Vizcaya y el sobrecargado tráfico a través de la costa encarece los gastos. Pero el transporte por superficie a través de África desde Ciudad del Cabo es aún más costoso.

Keller extendió su mano en forma conciliadora.

—Por favor, señor Hertzog. Esto lo sabe usted y lo sé yo. Con el tiempo también mis superiores lo sabrán. Pero ahora se han dejado seducir por esta nueva idea de los zepelines de mercancías. Han visto planos de naves más ligeras que el aire con una capacidad de carga comparable a la de un vapor, y han asistido a demostraciones aéreas. Están impresionados, señor Hertzog. Ya lo comprenderán, pero mientras tanto... —Keller meneó la cabeza.

—Bien, que hagan pruebas con los zepelines en ese trayecto. Después de uno o dos huracanes, entrarán en razón. Las tarifas de las compañías de seguros son un excelente incentivo para la madurez —masculló Hertzog.

—Exactamente, exactamente —asintió Keller—. Pero por el momento están convencidos que la Ciudad del Cabo llegará a ser el gran centro cosmopolita del hemisferio occidental y que Atlantis se marchitará en medio del océano. El caso es que han instituido nuevas normas muy estrictas. Por favor, señor Hertzog, una o dos operaciones de inmediato pago al contado por parte de su compañía, les hará reflexionar. Me doy perfecta cuenta que resulta algo molesto para su amor propio, pero un hombre importante de verdad puede permitirse el lujo de estar por encima de esas cosas.

Su voz llegó a convertirse en un imperceptible murmullo.

—Al fin y al cabo, cuando esa fantasía de la Ciudad del Cabo se haya disipado, estará en una excelente posición para lograr buenos descuentos.

—Sí —admitió Hertzog—. Sí, ya veo.

Se levantó y comenzó a pasear sin rumbo definido por la oficina, con las manos en la espalda. Miró a través de la ventana sin propósito definido, arrugó la nariz y se detuvo por fin junto al sofá donde Keller había dejado su cartera.

—Muy bien, señor Keller, un enviado especial se presentará en su oficina de Basilea antes de la medianoche del catorce de julio —dijo. Empezó a jugar con el asa de la cartera de Keller, balanceando su mano distraídamente.

Esto no le sentó bien a Keller, y dijo secamente:

—Muchas gracias, señor Hertzog. Estaba seguro que se haría cargo de la situación.

—Sí —asintió Hertzog vagamente—. Sí —repitió, contemplando como salía su visitante.

Hertzog pulsó el botón de llamada de Hoke Bannister y volvió a la ventana. El mar parecía hervir en torno a las grandes vigas de hormigón sobre las cuales descansaba Atlantis. Era un día tormentoso y el agua parecía verde y blancuzca bajo un cielo gris, mientras la lluvia caía como espesa cortina al otro lado del cristal. En un radio de tres kilómetros, el agua estaba tranquila, más allá, la violencia de las ondas sonoras rompía la acción de las olas y torres de espuma chocaban entre sí, rodeando a Atlantis de un muro de espuma. Frank Hertzog sonreía tranquilamente junto a la ventana cuando llegó Hoke Bannister.

—¿Qué hay? —preguntó mientras comenzaba a revolver en el mueble-bar. Era un hombre ancho y feo, que últimamente había adquirido el hábito de fumar habanos de cinco dólares. Su boca era bastante grande, lo que permitía tener siempre uno entre los dientes mientras hablaba o bebía.

—¿Qué haría usted por treinta mil dólares, Hoke? —inquirió Hertzog a su vez, volviendo hacia la mesa.

—¿Treinta mil dólares? ¿Se refiere a qué clase de principios rompería para conseguirlos? Muy pocos. Treinta mil dólares sirven para que un hombre pueda vivir sin preocupaciones el resto de su vida, siempre que viva como un ermitaño, claro. Con esa cantidad no se hace nada.

—¿Qué haría por la comisión corriente de un agente comercial sobre un pedido de treinta mil dólares?

—¿Se refiere a Keller? —preguntó Bannister, tras servirse una bebida y cerrar el mueble-bar—. Acerté al enviárselo, ¿verdad?

—En efecto —admitió Hertzog, mirando los tiradores de su mesa.

Bannister bebió un largo trago, miró su bebida y abrió violentamente el mueble-bar para buscar la botella de whisky de donde se había servido.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó con voz ronca.

—Quería que lo probase. Un químico local está intentando obtener whisky escocés del plancton.

—Frank, no eche a rodar ya el negocio de Keller —dijo Bannister.

—No —dijo Hertzog— no lo haré —pulsó un timbre—. Paulette, envíeme lo que le pedí, haga el favor.

—Sí, Frank, ahora mismo.

Una ranura se abrió sobre la mesa de Hertzog y una serie de fotocopias cayeron sobre ella.

—He puesto la que creo más importante, en primer lugar —explicó la eficiente voz de Paulette. Hertzog frunció el ceño ante las fotocopias.

—Oh, sí, ya veo, gracias. Por favor, localice a Thad Traven en el Ayuntamiento; es el secretario. Cítelo para tomar una copa esta tarde en un sitio confortable..., la Casa del Placer sería el lugar ideal.

Thad Traven era delgado y moreno, con una boca que el tiempo había empequeñecido, por lo que resultaba invisible cuando sus labios se cerraban.

—Sé que es usted un hombre tranquilo, Thad —dijo Frank Hertzog—. Un calculador. Un hombre que considera todas las posibilidades antes de tomar una decisión.

—Nadie me ha descubierto haciendo una tontería —asintió Traven. Bebió un sorbo de su Martini mientras admiraba la difusa figura de una sirena tatuada sobre el desnudo antebrazo de Hertzog.

—Es verdad. En cambio yo me equivoco con mucha frecuencia —dijo Hertzog en son de excusa—. Para decirlo claro, todo lo que soy es un descargador de muelle cuyo padre le legó una agencia de viajes —atajó las protestas de Traven—. Sí, es cierto, he tenido suerte y me las he ingeniado para ampliar el negocio. He ganado algunos dólares, ¿sabe? Pero soy un jugador que carece de instinto para detenerse en una jugada incierta. Y de vez en cuando a alguien le toca pagar por ello. He tenido suerte, como le dije. Cuando necesito saber algo, me refiero a algo que requiera un especialista de mente ágil, busco a un hombre como usted para que me ayude.

—Me alaba más de lo que merezco —sonrió Traven.

—No, no, lo digo de verdad, Thad. Por ejemplo, un hombre como yo, que tiene una Agencia de Viajes, se interesa naturalmente por otros lugares del mundo además de Atlantis. A veces pienso que no sería mala idea ampliar nuestros intereses en Europa o África, digamos sitios como Sebastopol o Ciudad del Cabo, pongamos por caso. No me refiero sólo a abrir agencias, sino participar verdaderamente en los negocios locales. Suponiendo que me hubiera adelantado para hacer eso, me encontraría en dificultades con las autoridades civiles de Atlantis. Mientras que si hubiese consultado con usted, estoy seguro que tendría sumo gusto en aconsejarme.

—Desde luego, Frank. La primera norma del Partido Conservador es que, dado nuestro aislamiento del Continente, nos encontramos en una posición ideal para evitar sus dificultades. Mientras nuestro único

enlace con ellos sea el ferrocarril subterráneo, actuamos sencillamente como un depósito de zona franca. Si por el contrario, participamos activamente en sus negocios, podemos vernos envueltos en especulaciones. Mientras permanezcamos apartados, podemos cargarles libremente los precios más beneficiosos por mano de alza. Establecer compromisos con el Continente puede entrañar fácilmente otras responsabilidades que no deseamos.

—Bien —continuó Hertzog ávidamente—. Tal como me lo explica, lo comprendo. Antes pensaba que, desde el momento que somos descendientes de quienes construyeron el ferrocarril subterráneo y levantaron esta ciudad, estamos ligados en cierto modo a estos países.

Traven sonrió.

—Han pasado cien años, Frank. Ninguno de los gobiernos que patrocinaron la idea existe ya. No hay base legal para un enfoque de este tipo.

—No, ahora lo comprendo. Pero necesitaba tener las ideas muy claras sobre esta cuestión.

Mientras reflexionaba, Traven bebió otro sorbo de su vaso.

—Está bien —dijo, arguyendo—, no le fue tan mal en aquel negocio con William Waring. De serle permitido organizar su sindicato de inversiones, la influencia de todo aquel capital hubiese inclinado las elecciones municipales hacia un grupo de candidatos partidarios de la intervención en los asuntos del Continente. Evitó muchas cosas a bastante gente además de usted, Frank.

—Desde luego, pero estaba complicado en un intento de estafar veinte mil dólares a la AVI. Eso es mucho dinero. Quedé muy sorprendido cuando al indagar descubrí que el fraude era mayor de lo previsto. Fue un golpe de suerte y nada más, Thad. Pero me hizo pensar...

—¿Qué?

—Sencillamente que Waring montó un negocio que pudo haberme arruinado, sin que yo tuviera la más mínima idea de ello. Si alguien me hubiese informado acerca de la situación de la política municipal, mi actitud hubiese sido distinta —acabó su bebida e hizo una seña a Traven—. ¿Otro?

—Pues sí, gracias —dijo Traven lentamente.

Hertzog llamó al camarero, que no les perdía de vista y continuó:

—La candidatura de las elecciones se proclama la próxima semana, ¿no es así?

—Efectivamente, el primer martes después del cuatro de julio. Pero serán muy formularias este año. Todos los miembros del Partido de Intervencionistas del Continente se retiraron después que Waring fue descubierto. No todos eran candidatos suyos, desde luego, pero incluso los legítimos estaban cortados por el mismo patrón.

—Ya... Déjeme pensar un momento... No soy entendido en la materia, como ya le dije antes... ¿Figura usted en la lista de los candidatos conservadores este año, como de costumbre?

Los labios de Traven se cerraron completamente.

—Sí, claro. Seré candidato a la Secretaría del Ayuntamiento, como de costumbre.

—Perdone, Thad... ¿Eso no está muy lejos de la cima?

—No, no lo está —contestó Traven concisamente.

—Me parece vergonzoso. No conozco al alcalde Phillips lo suficiente, pero no me da la impresión de ser una persona muy activa.

—Cumple su cometido en la política del partido —dijo Traven con amargura—. El resto de nosotros tenemos que contentarnos con lo que se nos da.

—Curiosa forma de organizar las cosas. No me parece justo.

—No lo es. ¿Pero qué quiere? Atlantis está habitada por personas que tienen que trabajar por sus salarios y no pensar mucho acerca de nada. Apenas la quinta parte se molesta por votar, y la mayoría de ellos son absorbidos por la organización de Phillips. Tampoco tengo derecho a quejarme, naturalmente, pero sin embargo...

—Creo que sí tiene derecho. A menos que se presente con Phillips, no tiene usted ninguna oportunidad, mientras la votación continúe baja.

—¿Y quién tendría capacidad para montar un partido de la oposición? Hace falta dinero para la propaganda, para carteles, para reuniones. ¿Quién puede invertirlo?

—Bien, ahora —dijo Hertzog rodeando el vaso con sus manos y mirándolo atentamente.

—¡Cielo santo, Frank! ¡No sabe lo que dice! Además, este año ya es demasiado tarde...

—¿Para nombrar un candidato?

—Para nombrarlo, no. ¡Para la campaña electoral, hombre! ¡Apenas si queda una semana!

—Thad, usted sabe que la AVI es propietaria de los taxis acuáticos, de uno de los servicios de helicópteros, y de cuatro hoteles. Publica diariamente una página completa de anuncios en nuestros tres periódicos. Patrocina la mitad de los programas radiofónicos y cuatro espectáculos en la televisión. ¿Qué le parecería presentarse como candidato a alcalde por el Partido Progresivo Reformista con una gran campaña para conseguir votos, con carteles que muestren su rostro a todo el mundo, a cualquier hora, cuando vayan a tomar una lancha o un helicóptero? ¿No cree que podría atraer, digamos, el cuarenta o el cuarenta y cinco por ciento de los votos?

Traven se puso pálido.

—¡Cielo santo, Frank, eso no es legal! Una corporación no puede volcar su capital en apoyar a un candidato de esa forma. ¿Y qué diría su Consejo de Administración?

—Me permitiré recordarle, Thad, que yo soy el Consejo de Administración.

—Pero aún así, no puede...

—¿Ni siquiera si presento mi candidatura a lacero municipal anunciada con letras de fuego? Quiero ser lacero, Thad, nunca he deseado nada con mayor pasión. Y voy a volcarme por entero a la elección, pero necesito a alguien para encabezar la candidatura. ¿Qué opina?

—Frank, yo..., ¿lo desea realmente?

Hertzog hundió dos dedos en el bolsillo del pecho de su camisa deportiva, tomó dos arrugados billetes de cinco dólares y un trozo de papel. Abrió el papel y lo dejó caer sobre el tapete ante Traven. Era un cheque de la AVI por un importe de doscientos mil dólares a favor de los fondos para la campaña del Partido Progresivo Reformista.

—Vamos a necesitar una campaña —dijo Hertzog—. Phillips y el Partido Conservador están enajenando intereses comerciales en el Continente, en donde se están irritando por nuestra actitud neutral y nuestras tarifas de transporte. Estamos perdiendo buenos negocios. Calcule la cifra... Controlamos todas las mercancías poco importantes; las que nos interesan son enviadas por barco a Arcángel y de allí por ferrocarril hasta el Mar Negro. Y algún día van a construir un ferrocarril que cruzará toda África, eso es, a través de la selva, si les obligamos a ello. Garantice al pueblo una jornada laboral más corta y una reducción de impuestos, si las negociaciones demuestran que podemos incrementar nuestros ingresos brutos anuales disminuyendo ligeramente el precio de nuestros fletes.

Traven vaciló cautamente.

—No estoy seguro que esto sea compatible con mis anteriores manifestaciones públicas.

—¿Las suyas? Las del alcalde Phillips, querrá decir. Usted se está pronunciando ahora, está comenzando a luchar de una vez. Thad, no es usted de los *gansters* de Waring, sino un respetable ex conservador que ha tenido ya bastante.

—Ya comprendo —Traven exhibió una amplia sonrisa—. Creo que podré hacerlo. Sí, esto será justamente lo apropiado.

—Bien, Thad, es usted un hombre experimentado. Lo dejo todo en sus manos, organice el cuartel general de la campaña y busque los expertos en relaciones públicas que hagan falta. Le enviaré a un empleado de mi oficina, llamado Bannister, que le prestará una excelente ayuda y será su enlace con la tesorería de la AVI, en caso que los efectivos resulten insuficientes, pero yo me mantendré fuera de esto. Buena suerte.

Traven tomó el cheque, lo estudió fascinado por un momento, y lo puso en su billetera.

—Bueno... gracias, Frank.

—No tiene importancia, Thad —dijo Hertzog, levantándose. Dejó los dos billetes de cinco dólares sobre la mesa y le hizo una seña al camarero—. Ya le veré en las elecciones.

—Ah..., Frank..., suponga que Phillips desmienta mis afirmaciones.

—Ya que eso le preocupa, le diré que sus afirmaciones son religiosamente ciertas. Es un problema de registro de la propiedad. Estudie los informes de Standard & Poore y Dun & Bradstreet de los últimos treinta años. Está todo allí —agitó una mano en son de despedida y dejó el bar.

Frank Hertzog vivía en un deslucido apartamento de dos habitaciones, anclado al lado de uno de los pilones del edificio de la AVI, a cuatrocientos metros por debajo del nivel del mar. Era un lugar muy tranquilo, y difícil de localizar. En la pequeña cocina, Frank calentaba cuidadosamente un poco de chocolate. Cuando estuvo tibio, echó el chocolate en un tazón de loza con dos dedos de whisky y se dirigió a la sala de estar, mordiendo distraídamente un *sandwich* de jamón, lechuga y tomate con un poco de mostaza.

—¿Cómo ha ido hoy? —preguntó a Hoke Bannister, de pie sobre la alfombra, que lanzaba dardos sobre un blanco fijo en la pared.

—Pues el amigo Thad Traven a puesto a los conservadores al borde del síncope y ha trastornado la ciudad. No es posible dar un paso sin toparse con un anuncio de Traven. Sonny Weams está haciendo chistes a costa de Phillips y nuestra revista musical de la televisión está llena de preguntas acerca de fletes y tonelajes.

—La cosa marcha bien —asintió Hertzog—. Esto me recuerda algo. Firme aquí, ¿quiere?

Sacó una hoja de papel arrugado del bolsillo de su pantalón y se lo entregó.

—¿Qué es esto? —preguntó Bannister.

—Un acuse de recibo. Un empleado de la compañía tiene que firmarlo.

—¿Por qué no usted?

—Soy el expedidor. Me marcho a Basilea dentro de veinte minutos con treinta mil dólares. Un poco antes del plazo de Keller, pero me imagino que a ellos no les importará recibir el dinero unos días antes.

Bannister garrapateó su nombre en el espacio indicado y se guardó el documento.

—¿Tomará el avión?

—No. Ya no se percibe ninguna sensación de viaje yendo a esa velocidad. Tengo tiempo de sobra. Iré por el ferrocarril subterráneo.

—No se olvide de regresar mañana, antes que las elecciones terminen. Un voto, es un voto, ya lo sabe.

—Sí. ¿Cuál es mi postulación?

—Asambleísta de distrito. Casi tan bueno como el de lacero.

—Me lo temía —tomó su maletín y llamó al ascensor, que apareció con un silbido detrás de una puerta corrediza en la pared de la sala de estar—. Vigile la tienda —dijo.

—Sí, claro —contestó Bannister.

La estación terminal del ferrocarril subterráneo consistía en una plaza de medio kilómetro cuadrado y treinta metros de alto, con dos macizas puertas circulares llenas de cerrojos y que rezumaban agua por la condensación. Parecían como un par de ojos cerrados en el lejano muro. Dos armaduras metálicas descansaban sobre vigas de acero, alargando el perfil de los túneles sobre la bóveda y arrojaban sus complejas sombras sobre el gastado suelo de cemento en donde se concentraban los empleados ferroviarios. Había un andén de pasajeros edificado sobre la parte exterior del muro, cuyo borde más saliente era curvado a fin de encajar perfectamente con la cercana plataforma. Hertzog esperó pacientemente, junto con un pequeño grupo de pasajeros cargados con maletas.

En la plataforma, el tren estaba formándose. Consistía en tres vagones, dos de ellos de carga y el tercero de ellos con un reducido compartimiento de viajeros en uno de sus extremos. Cuando los vagones de carga se abrieron, a lo largo del tren se deslizaron unas compuertas herméticas parecidas a las valvas de una concha, sostenidas en su parte superior por una especie de alas. Las grúas dejaron caer, desde el techo de los vagones, bultos de mercancías en espacios ya calculados dentro de los vagones. El interior del tren se fue llenando de una masa sólida bien ajustada, que hacía pensar en esos rompecabezas infantiles, donde piezas de plástico de formas diversas encajan unas con otras formando pistolas, aeroplanos y otras figuras. Semejante a una crisálida, articulada en dos puntos, carente de ventanas, a excepción de los tres ojos de buey del compartimiento de pasajeros, aguardaba el momento de deslizarse por la esclusa de aire. La cámara resonaba cada vez que una herramienta se caía o los empleados circulaban a un lado o a otro del enrejado de la plataforma. Los cables de la grúa crujiaron dentro de sus fundas, mientras las órdenes de los cargadores dominaban el estruendo.

Cada una de las grúas parecía disponer la última carga al mismo tiempo. El aullido de una sirena subió al máximo, hasta que las compuertas se cerraron con un golpe. Los brazos de las grúas se plegaron y la puerta del compartimiento de pasajeros se abrió de par en par. Hertzog y los demás pasajeros entraron en el tren. Tan pronto el último de ellos hubo ingresado, las puertas se cerraron. Los viajeros se acomodaron en sus asientos y el tren partió sin más preámbulos, moviéndose lentamente y con dificultad a través del levantado portón de la esclusa de aire.

Mientras los pasajeros esperaban en la oscuridad, las bombas vaciaron la esclusa y entonces el sonido del metal frotando sobre metal se propagó por todo el tren con perfecta claridad.

—Un par de dólares semanales para gastos de engrase no causarían a la ciudad ningún perjuicio —murmuró Hertzog. El claxon de aviso le hizo meter los pies en las estriberas. El tren se deslizó hacia adelante, pareciendo haber encontrado su velocidad al mismo tiempo que desaparecía su primitiva inclinación. Al llegar a la llanura, alcanzó una marcha uniforme de trescientos cincuenta kilómetros por hora dentro del túnel construido bajo el mar. Oculto en su escudo protector de hormigón, el tren corría hacia las montañas que constituían la frontera occidental de la vida en Europa.

La vía era única excepto en los tramos próximos a las estaciones. Justamente antes de llegar el tren a la superficie de la costa de Francia, fue transferido a una línea muerta mientras otro avanzó con estruendo en dirección contraria. Por la ventanilla, Hertzog miraba con curiosidad la plataforma de emergencia. Existían posiblemente complicados mecanismos para remolcar trenes averiados fuera de la vía principal, así como

topes de seguridad que evitaban choques frontales. Todo parecía funcionar bien, sea porque todo estuviera eficientemente pensado, sea por la dedicación y labor conjunta de los trabajadores protegidos con vestidos de aire que cuidaban que las vías estuviesen libres.

Detenido junto al muro de la vía principal, el tren se encontraba de nuevo en una esclusa de aire. Los pasajeros podían, en caso de emergencia, escapar a un desastre refugiándose en el ambiguo amparo de un apeadero carente de comunicación con la superficie. Hertzog se levantó de su asiento y tiró del conmutador de la puerta del compartimiento. Se escuchó un silbido y una explosión de aire comprimido y la puerta se abrió ante un desnudo andén de hormigón lleno de manchas de herrumbre y de suciedad.

—Por favor —rogó una voz a través del sistema automático de anuncios—. No salga excepto en situación de verdadera emergencia. Por favor, cierre la puerta.

Hertzog se encogió de hombros y cerró la puerta, volviendo a su asiento.

«Justamente me preguntaba si funcionaría», se dijo a sí mismo.

Basilea resultó poco atrayente para Frank Hertzog. Uno de los motivos fue que los edificios se desparramaban paralelamente a las carreteras desde la colina hasta la porción interior del valle. Otro fue que todo el mundo vestía trajes oscuros, sobriamente cortados.

«Parecen una asociación de banqueros», se dijo Hertzog, cuando entraba en el ascensor del edificio del mayorista de licores.

—¿A qué piso, señor? —preguntó untuosamente el chico del ascensor con un reprimido olfateo hacia el traje de Hertzog.

—Al catorce, pollo —dijo Hertzog.

—Bien.

—¿Has estado en el ejército, jovencito?

—¿Cómo?

—Olvidaste decir «señor».

—Perdone, señor.

—Estamos listos.

—Decía el...

—Para de una vez, pollo. No puedo aguantarte más. ¿Por qué no te vienes a Atlantis y consigues un empleo decente?

—¿Atlantis, señor?

La intención oculta en la voz del ascensorista era evidente.

—No nos divierte ya comernos a los niños, ¿sabes? La mayoría los detestamos y a veces tenemos que forzarnos para comérmolos. Personalmente, me parece que tienen muy mal sabor, sobre todo hervidos. Asados ya es otra cosa, pero ya no hay forma de encontrarlos.

—Piso catorce, señor —dijo el ascensorista estiradamente.

—Gracias, pollo —repuso Hertzog, mientras se dirigía a la puerta de entrada de la compañía de licores—. Y no hagas más caso de propaganda estúpida.

El presidente de los mayoristas de licores era un hombre llamado Mott, de hundida barbilla y dientes prominentes.

—Señor Hertzog —dijo, gesticulando exageradamente—. No sé qué decirle...

—No importa, dígalo —le animó Hertzog, arrastrando las palabras y repantigándose en su asiento.

—En fin..., no estamos acostumbrados a que un presidente del Consejo de Administración nos entregue personalmente tal cantidad de dinero.

—Antes de lo previsto —añadió Hertzog.

—Oh..., sí. Ahora bien, francamente, no sé...

—¿No lo estaban esperando?

—¿Esperándolo? Oh, sí, naturalmente, pero no hasta...

—No puede servirnos el pedido hasta el día 15, aun cuando reciba el dinero hoy, ¿no es así?

—Efectivamente —suspiró Mott con aire agradecido—. Me complace que usted lo comprenda.

—Desde luego —dijo Hertzog—. Lo mismo me pasa a mí. No valía la pena continuar dando rodeos, ¿no es verdad? —Se incorporó y estrechó la mano de Mott—. Tengo que irme ahora. Tanto gusto en haberle saludado, Mott.

Salió a la calle, tomó un taxi hasta la estación del tren subterráneo y regresó a casa, silbando una canción que empezaba así: «Si todas las jovencitas fueran como Mercedes Benz...».

Había transcurrido más de una semana desde que Hertzog fuera elegido asambleísta por su distrito y se hubiera acostumbrado a esta idea. Eran las nueve de la noche del 14 de julio y se encontraba en el ascensor del pilón con Hoke Bannister.

—Así que todo está a punto —manifestó—. Con una nueva administración en Atlantis, los gobiernos del Continente dejarán de pensar por algún tiempo en prohibir los fletes por ferrocarril subterráneo. Tres transportistas americanos van a enviar sus mercancías aquí; y si eso sale bien, como es de esperar, les seguirán otros. A los transportistas transatlánticos por aire eso no les importa mucho mientras no establezcamos una flota de aviones de carga. ¿Por qué vamos a hacer tal cosa? Nuestro distintivo es la calidad y no el lujo.

—De esta forma, Atlantis no tendrá competidor en igualdad de condiciones, ¿no es así?

—Eso creo —admitió Hertzog.

—Continuemos bajando. Quiero pasar un momento por la terminal.

—Como guste.

—Bueno, parece que Atlantis vivirá en paz por algún tiempo. Eso está bien. Quiero quedarme en esta ciudad. El Continente está bien para una visita, pero no me gustaría vivir allá. Se toman el dinero demasiado en serio... Serían capaces de perder el mejor negocio del mundo por asegurarse treinta mil dólares.

—¿De veras?

—De veras.

El ascensor dio un suspiro al abrirse frente al terminal. Hertzog se dirigió sin prisas hacia un tren que se estaba formando.

—Bannister, no crea que todos los continentales son individuos que saltan sobre un centavo sin un motivo importante. Recuerde aquella línea de zepelines desde Ciudad del Cabo. Valía la pena pensarlo. Sus tarifas podrían haberse acercado a las del ferrocarril subterráneo. Y si no hubiera tal ferrocarril... ¡Hombre, aquí tenemos al señor Keller! —gritó, dando un manotazo en el hombro al viajante de licores.

El compuesto hombrecillo se volvió medrosamente.

—¡Señor Hertzog! —balbuceó—. ¿Va a tomar ese tren?

—Eso pensaba.

—Oh.

—No hay nada como salir al extranjero para ampliar horizontes, es lo que yo siempre digo —murmuró Hertzog, mostrando a Keller y a Bannister el camino hasta el tren. Condujo al hombrecillo hasta un asiento, le hizo sentarse y desabrochó el cinturón de seguridad para que el otro se lo pusiera, sin dejar de hablar—: A propósito, me da más miedo viajar por ferrocarril que por avión. Desde un aeroplano o desde un zepelin, se está siempre al tanto de lo que ocurre, pero en el tren subterráneo es diferente. Todos esos misteriosos ruidos de mecanismos que se mueven alrededor de uno, en la oscuridad... Y no cabe hacer otra cosa que quedarse sentado y esperar a que todos hayan cumplido con su obligación y que no surja una avería. Eso es lo que nos convierte realmente en ciudadanos del siglo XXI, la fe implícita en mecanismos que no se pueden controlar personalmente. ¿No le parece, señor Keller? Siéntese, Hoke. Creo que el tren va a arrancar.

El tren se introdujo por la esclusa de aire, deslizándose después hacia el exterior. Bannister sonreía a Hertzog. Keller estaba pálido y callado, con una bolsa de mano entre los pies.

—El caso es, señor Keller, si uno se detiene en ello, que las cosas pequeñas son las que realmente clasifican la tecnología de una cultura. Estamos predispuestos a dejarnos impresionar por grandes

mecanismos que rechinan y gimen y que parecen cumplir una función, pero, en realidad, una máquina eficiente no debería entrometerse en actividades civilizadas como la conversación o los negocios de alto nivel, ni debería requerir complicadas instalaciones que descubran su presencia. Por ejemplo, señor Keller, poseemos máquinas fotográficas capaces de trabajar progresivamente a través de un legajo de documentos, o del contenido de una cartera, que reproducen cada hoja de papel por ambas caras y sin que nadie lo advirtiera. Incluso a través de una cartera, si es necesario. Esa cámara se puede instalar en una pared, o en un cuadro colgado de ella, o en cualquier parte, y su objetivo puede ocultarse en una sortija —metió la mano en el bolsillo y sacó la fotocopia que Paulette le envió a su despacho—. ¿Es suyo esto, señor Keller?

Keller la tomó con dedos temblorosos y la miró.

—Esto es un atropello —susurró—. Esto es demasiado.

—Oh, no lo creo —repuso Hertzog, volviéndose a Bannister—. Esto es un acuerdo y no precisamente de caballeros, entre el señor Keller como parte privada y la compañía de zepelines. Me pregunté si se arriesgaría a confiarlo a una caja de seguridad, pero no lo hizo. Se trata de un pago de cien mil dólares y (cito textualmente) «por la interrupción del servicio del ferrocarril subterráneo entre Atlantis y el Continente durante un período de tiempo que comenzará el 14 de julio a medianoche». Aquí reside el fondo de la cuestión. El señor Keller ha apostado que tal interrupción tendrá lugar y, la compañía de zepelines, que no.

—Oh —dijo Bannister.

—Así es. Hoke, tenga la amabilidad de echar un vistazo a la bolsa de viaje del señor Keller. Tengo el convencimiento que encontrará algo parecido a una máquina infernal.

—Lo siento —dijo Keller con un susurro, hundido en su asiento—. Lo siento de veras.

—Ánimo, Keller —le consoló Hertzog. Se incorporó para desenroscar la bombilla de la lámpara que iluminaba sus asientos, reemplazándola con un enchufe. De otro bolsillo sacó un pequeño intercomunicador y conectó la antena al enchufe. Marcó un número telefónico—. Traven, por favor, llama Frank Hertzog.

Esperó y dirigió una sonrisa a los otros pasajeros del compartimiento, mientras Bannister, con las cejas enarcadas respetuosamente, inutilizaba la bomba de relojería de Keller.

—¿Traven? Deseo que el ferrocarril subterráneo sea cerrado al público por trabajos de reparación. Eso es. Veinticuatro horas a partir de la medianoche de hoy. Es completamente necesario. Los resultados servirán para mejorar el servicio. Sí, señor. Mientras transmita la orden, sitúe un vigilante en la estación contigua y haga instalar vías dobles para eliminar los tramos de vía muerta, tan pronto como sea posible. Contribuiremos a los gastos, desde luego. Gracias. Buenas noches, Traven.

Desenchufó el intercomunicador y devolvió la bombilla a su sitio. Entregó entonces dicho aparato y el enchufe a Keller.

—Todos los empleados de la AVI disponen de este material. Es para usted. Funciona en cualquier parte del mundo, tanto en el exterior, a través de cualquier conexión eléctrica en Atlantis, como bajo tierra o bajo el agua.

—¿No piensa usted...?

—¿Tomar represalias? Usted era tan sólo un instrumento de la compañía de zepelines. Legalice su acuerdo ante un tribunal. Tome los cien mil dólares. Es a ellos a quienes quisiera dar un buen susto.

—Oh...

—La bomba de relojería estaba a punto —dijo Bannister—, ajustada para explotar a medianoche.

—¿Sabe lo que esto significa, Hoke, con el ferrocarril subterráneo cerrado mañana?

—¿Qué?

—Significa que tendremos que regresar en avión.

—Un negocio muy sencillo —explicó Hertzog, con los pies apoyados en un brazo del sofá en su cuarto de estar—. Nuestros amigos de la compañía de zepelines tenían que usar a un hombre que conociera el ferrocarril subterráneo y que habitualmente viajase en él. Keller les serviría para cumplir sus fines. Pero como se trataba de un empleado, se lo contó a sus superiores. Éstos no sentían ningún aprecio por Atlantis ni por sus habitantes con preferencia a cualquier negocio del Continente, antes que cambiara nuestro Ayuntamiento, pero estaban ansiosos que pagase un pedido de más, que sabían no sería entregado, al ser destruido el ferrocarril. Cuando esto sucediera, Atlantis ya no tendría influencia alguna en los tribunales del Continente y mis intentos para recuperar el dinero serían en vano. El caso es que Keller apuntó alto. Tenía, por una parte, sus cien mil dólares asegurados. Pudo haber sacado algo más por entregar los negocios de su compañía a la línea de zepelines y, además, le quedaba su comisión de la venta del licor que, por cierto, no iba a ser entregado. Pretendió sacar tajada de todos nosotros, en una palabra. Pero entonces vino aquí para contarme esa estúpida historia y habló demasiado. Me dijo incluso cuándo estallaría la bomba, justo después que el último tren nocturno de Atlantis llegase a Basilea. Esto fue la gota que desbordó el vaso. Trató de conseguir demasiadas cosas en demasiada gente y se quedó con un palmo de narices. La avaricia, Hoke, no es una emoción útil para un hombre que desea conseguir dinero.

—Pero ganó cien mil dólares.

—No lo creo. Éste será su problema. Keller es un tipo incompetente que no podría ganarlos de ninguna manera, ni siquiera ilícita.

—Y, desde luego, él y su dinero pronto se separarán. Los jefes que pagan grandes sumas por compromisos violentos, digamos del orden de destruir un sistema importante de transporte, pertenecen precisamente a un tipo mental que procura que su incompetente empleado no disfrute de su dinero. Me temo que desconocemos la psicología más adecuada para dar a nuestro pequeño señor Keller lo que verdaderamente se mereció.

—Esto me hace recordar... que pertenecemos al gremio de mayoristas de licores. Cuando descubrí que los jefes de Keller conocían su pequeño y extraoficial plan, me puse tan furioso que los soborné. Unos directivos semejantes deberían ser fusilados. ¡Permitir que por un beneficio bruto de treinta mil dólares se

les escapen muchos millones...! Gente como esa... —Hertzog meneó la cabeza—, carecen de todo sentido de la responsabilidad.

—Así es como Keller se ha convertido en empleado de la AVI —concluyó Bannister, abriendo una botella—. A través de la compañía de licores. Es lo que me estaba preguntando cuando usted llegó al intercomunicador.

Hertzog sonrió con suavidad.

—Técnicamente, ésa es la respuesta. Privadamente... confío en oír, gracias a ese intercomunicador, que Keller y su no merecido beneficio se han separado. Me temo que armará un gran escándalo por tal motivo.

FIN

Libros Tauro